

La sociología hace treinta años, la sociología dentro de treinta años Clausura del X Congreso de Sociología

Sociology Thirty Years ago, Sociology in Thirty Years' Time Closing Lecture of the X Spanish Sociological Conference

MANUEL PÉREZ YRUELA¹
mpyruela@iesa.csic.es

Hablar de la sociología hace treinta años y de la sociología dentro de treinta años puede dar mucho de sí. Pero no seré tan atrevido como para intentar tratar el tema de forma exhaustiva. Seré más modesto y me limitaré a lo que den de sí el espacio disponible. Porque un sociólogo también puede, y debe, ser modesto.

Alfonso Ortí, en su conferencia inaugural del I Congreso celebrado en Zaragoza en 1981 citó un editorial de un periódico nacional que, tras describir ciertos disturbios ocurridos en barrios multirraciales de Inglaterra, decía textualmente que los disturbios podían ser fácilmente explicados «hasta por el más modesto de los sociólogos, si es que —añadía— hay algún sociólogo modesto». Es una muestra de cómo nos veían hace treinta años desde un medio tan prestigioso como *El País*.

Se trata de una apreciación, sin duda, exagerada pero creo que puede entenderse en el contexto de aquellos años. La sociología en los primeros años de la transición, y en la última década del franquismo, generaba todavía grandes expectativas. Se la tenía por una ciencia capaz de producir un conocimiento completo y totalizador sobre nuestra sociedad y, al mismo tiempo, analítico, concreto y exacto. Y se le suponía un poder de conocimiento y transformación de la realidad verdaderamente importante. Tal vez por esto se atribuía a los sociólogos esa imagen de poca modestia.

Es cierto que ya por entonces no pocos habían abandonado esa ingenuidad. Pero no es menos cierto que, entonces, una buena parte de los sociólogos aún compartíamos, siquiera vagamente, la posibilidad de que nuestro conocimiento tuviera ese potencial. Incluso algunos se habían —o nos habíamos— acercado a esta disciplina seducidos por tal posibilidad. Además, esta expectativa la compartían casi todos. La compartían los que venían (veníamos) de las corrientes críticas en cualquiera de sus versiones, porque ese supuesto poder ayudaba a hacer más verosímiles nuestros deseos de democratización y cambio radical de la sociedad

¹ Manuel Pérez Yruela es profesor de Investigación de Sociología en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Trabaja en el Instituto de Estudios Sociales Avanzados, con sede en Córdoba, del que fue director entre 1991 y 2009. Fue presidente de la FES en el periodo 2004-2007.

española. Y lo compartían también los que venían de las corrientes más conciliadoras, a menudo, aunque no siempre, inspiradas en la sociología norteamericana, léase funcionalismo, porque veían la posibilidad de que la sociología influyera para hacer ver la necesidad de esos cambios, tratando de impulsar reformas políticas incluso desde el propio régimen franquista.

Un ejemplo puede servir para ilustrar lo que quiero decir. Al final de su intervención en la clausura del I Congreso, el entonces presidente, el profesor José Cazorla, decía: «yo creo, para terminar, que el valor de una ciencia, en nuestro caso la sociología, nuestra sociología, sólo se puede medir por el número de hombres a los que haya conseguido elevar más en su dignidad de tales. Y ello sólo se puede alcanzar —y ése es nuestro deber— mostrándoles el camino hacia la verdad y la libertad». Palabras que los congresistas aplaudieron sin reservas. Creo que ilustra lo que quería transmitir acerca del espíritu sociológico de la época que, como digo, muchos compartíamos.

Pero la verdad es que, como todos ya sabemos ahora, se trataba de una visión de nuestra disciplina que la realidad vino a demostrarnos que era demasiado ambiciosa. En aquel momento puede que no estuviera mal que lo fuera, porque la ambición nos ayudó a querer más lo que hacíamos y a hacerlo con entusiasmo. Pero eso no impidió que más pronto que tarde comprobáramos que los resultados del quehacer sociológico no daban para tanto. Precisamente un cambio importante en la sociología española en estos años ha sido reconocer nuestras limitaciones y construir a partir de ahí una sociología más modesta y, al mismo tiempo, cada vez más homologada a la práctica de otras disciplinas científicas.

A partir de ese reconocimiento, se empieza a producir otro de los cambios destacables de la sociología española en las tres últimas décadas: la disolución paulatina de aquellas diferencias intelectuales —ideológicas y políticas también— causadas por las firmes adscripciones que por aquellos años teníamos los sociólogos a alguna de esas dos grandes orientaciones generales: el marxismo y el conflictivismo, por un lado, y el funcionalismo, por otro.

Sé que esta simplificación no hace justicia del todo al pluralismo ya entonces existente, pero sirve para reflejar un rasgo importante de nuestra historia. Como dijo también el profesor José Cazorla en la clausura del I Congreso: «en este congreso [...] se ha demostrado cómo la nuestra es una disciplina plural, no dogmatizadora, en la que no deben confundirse la existencia de las múltiples escuelas con disensiones internas, aunque pueda haber diferencias y sea bueno que las haya». Una manera elegante de referirse a la cuestión.

Me he detenido en referencias al primer congreso como homenaje a todos los que lo hicieron posible e iniciaron el camino que nos ha traído hasta aquí.

Además de estos dos cambios ha habido otros, tanto o más importantes: la expansión de la sociología en el ámbito académico; el desarrollo de la sociología como profesión; la diversificación de los temas de interés para los investigadores; la propia crisis de estos dos corpus teóricos con vocación totalizadora; el desarrollo de nuevas herramientas técnicas y metodológicas, en especial en la recogida y tratamiento de datos; el traslado del centro de gravedad de la investigación desde el enfoque ensayístico a la orientación empírica; y la creciente homologación de la práctica científica de la sociología con el modelo general de producción, difusión y evaluación del conocimiento científico. Me referiré a continuación a algunas de estas cuestiones.

Una manera de ver la expansión y diversificación de la sociología es comparando la evolución de los propios congresos, sobre lo que ya se ha aportado alguna información que voy a completar. En 1981 se presentaron 328 trabajos distribuidos entre 24 grupos, con unos 450 asistentes. En este X Congreso se han aceptado 992 trabajos de los 1.006 que se han presentado, distribuidos en 38 grupos y con unos 1.150 asistentes. La expansión y diversificación son, pues, evidentes. Se notan, además, los efectos de las normas que se han venido adoptando para reforzar la calidad. Es un avance importante y hay que animar al Comité Científico y los responsables de los grupos de trabajo para que sigan en esa dirección.

Prácticamente todos los grupos con los que se inició la estructura de los congresos permanecen. De los que había en 1981 realmente sólo ha desaparecido uno, el dedicado a Latinoamérica. Por cierto, que ha sido una pena que no hayamos consolidado más desde la FES nuestras relaciones con los sociólogos de Latinoamérica. Pese a los intentos que me consta que se han hecho para ello, la realidad es que no lo hemos logrado, pero no debemos desistir.

En 1981, la mayor parte de las contribuciones se concentraron en 6 grupos de los 24 que hubo. Sólo ellos sumaron casi dos tercios de todas las aportaciones. Eran sociología de la salud y la medicina (82); sociología rural (34); sociología de la educación (23); sociología de la familia (22), sociología urbana (21) y sociología del trabajo (17). Otros como demografía, sociología política, sociología de la comunicación o sociología de la religión, tuvieron mucho menos peso.

No debe extrañar que los dos grupos más nutridos fueran los dedicados a medicina y salud y a la sociedad rural. El primero por la relevancia social del debate que había entonces sobre la creación de un sistema nacional de salud. El segundo, por la singular importancia que la sociedad rural y los problemas sociales dentro de ella han tenido y tienen aún en España. Sin embargo, choca que temas como la sociología política no tuviera entonces más presencia en un país en plena transición, que era objeto de la atención de un buen número de especialistas de fuera de España. Los temas relacionados con la teoría sociológica y la metodología pasaron prácticamente desapercibidas en aquel primer congreso.

Pero estas carencias se cubrieron pronto. La expansión y la diversificación fueron bastante rápidas. Tal vez demasiado para el tamaño que entonces tenía nuestra comunidad. Y ya se sabe, que lo que se hace demasiado rápido tiene el riesgo de hacerse mal. Cuando se revisa el contenido de los grupos se constata que la sociología española ha entrado en casi todos los temas relevantes que constituyen la agenda del quehacer sociológico de los países en los que se consolidó mucho antes que en el nuestro. Dado el tamaño de nuestra comunidad, al que luego me referiré, tampoco podemos esperar cubrir todos los campos.

En cuanto al alcance de los enfoques, en bastantes de ellos ha habido regularmente sesiones sobre cuestiones generales de carácter teórico, analítico, conceptual o metodológico. No obstante, la verdad es que lo que más ha abundando han sido los enfoques micro sobre aspectos concretos más o menos locales; y lo que menos, los enfoques comparativos de más alcance, o los trabajos que utilicen datos o traten sobre cuestiones no estrictamente nacionales.

Nuestra comunidad científica y profesional también se ha expandido de forma notable. En las universidades públicas españolas hay 15 departamentos exclusivamente de Sociología y 29 en los que la Sociología comparte departamento con otras disciplinas, principalmente con Economía y Empresariales (7 casos) o Ciencia Política (5 casos).

Según el INE, en el curso 2008-2009 había 1.214 profesores de Sociología, de los cuales la mitad pertenecían a los cuerpos docentes universitarios y la otra mitad eran contratados. La Sociología representa en torno a un 1,6% del total del profesorado universitario. En los diez últimos años el profesorado ha crecido un 36,7%, cuatro puntos y medio más que el total del profesorado.

Teniendo en cuenta que hace treinta años los profesores universitarios de Sociología estarían en torno al centenar, el crecimiento ha sido importante. Pese a ello, creo que la nuestra es una comunidad académica más bien pequeña si la comparamos con la de otros países de nuestro entorno.

Desde la perspectiva de género, estamos en la media del conjunto del profesorado universitario. Poco más de un tercio del total son mujeres y sólo un 14% de ellas ocupan cátedras. Todavía no cumplimos con las exigencias de la igualdad de género, sobre todo en las cátedras.

No tenemos mucha información sobre nuestra comunidad profesional. La encuesta que se hizo para el Libro Blanco que se envió a la ANECA, que imagino conocido, proporciona algunas pistas. Cito parte de los datos referidos sólo a los licenciados en Sociología. La tasa de empleo es relativamente alta (78%); casi dos tercios trabajan como asalariados; poco más de la mitad trabaja en asuntos relacionados con los conocimientos adquiridos y un tercio lo hace en temas en los que sus conocimientos está infrautilizados; casi dos tercios trabajan en el sector privado y un tercio en el público; entre los que trabajan en el sector privado poco más de la mitad tienen contratos indefinidos; casi la mitad cree que no tiene posibilidades de promoción con su titulación. Una encuesta del año 2009 de la Universidad Complutense, sobre una muestra de alumnos egresados en el curso 2001/2002, confirman estos resultados. La verdad es que la situación de la comunidad profesional no es demasiado brillante en conjunto. Abunda más de lo deseable el empleo precario y la infrautilización de las capacidades de nuestros compañeros. Pero es cierto que hay una parte de ella que sí muestra signos de fortaleza y consolidación.

La homologación de la Sociología con otras disciplinas en cuanto a la producción y comunicación del conocimiento también ha avanzado, aunque puede y debe hacerlo más.

Según la base de datos IN-RECS, las publicaciones de sociología en castellano han crecido mucho. Más, incluso que las de Ciencia Política, Psicología o Economía. Entre 1996 y 2008, el número de artículos científicos publicados al año en revistas españolas de sociología se ha duplicado, llegando a 4.792 artículos publicados en 2008.

Hemos crecido a costa de aumentar bastante el número de revistas. Las otras disciplinas lo han hecho aumentando la productividad de las suyas, aprovechando mejor sus recursos y dispersándolos menos. En efecto, entre esas mismas fechas, el número de revistas de sociología ha pasado de 43 a 68 (58%). Es en la que más han crecido. Las revistas de ciencia política, por ejemplo, han crecido la mitad que las de sociología.

Pero este crecimiento no se ha traducido en más debate intelectual. No somos una comunidad científica que dialogue mucho entre sí a través de las revistas en las que publicamos. En esto nos diferenciamos poco de la Ciencia Política, pero estamos peor que las otras dos. En nuestros trabajos citamos muy poco otros trabajos en castellano. Sólo tres revistas de sociología han recibido entre una y dos citas por artículo, de media, en el

periodo 1994-2008. Es casi la misma cifra que en ciencia política, pero bastante menos que en economía (26 c/p.a.) y en psicología (40 c/p.a.). Los artículos con más de seis citas son en sociología un porcentaje pequeñísimo del total de artículos publicados: un exiguo 0,03%, igual que en ciencia política, menos de la mitad que en economía y casi cinco veces menos que en psicología.

Estos datos deberían hacernos reflexionar. ¿Qué comunidad científica podemos crear si no nos reconocemos entre nosotros mismos? Es cierto que durante años, lo científicamente correcto era citar autores de fuera, americanos, ingleses o franceses, según la querencia de cada cual. Pero resulta difícil de explicar que una comunidad académica de más 1.200 personas que publica un buen número de artículos al año no haya generado más debate dentro de ella. Una de dos, o no nos leemos o, si lo hacemos, son muy pocos los compañeros que creemos que merecen ser citados. Todo esto puede ser distinto en el caso de los libros, pero lamentablemente no tenemos información para analizarlo.

En cuanto a nuestra producción y visibilidad internacional también hemos mejorado bastante, pero no lo suficiente. En este aspecto, como en otros relacionados con nuestra disciplina, partíamos de una situación de desventaja que conviene recordar para contextualizar bien la valoración de la situación actual. La cultura científica española, especialmente en el campo de las ciencias sociales, ha tenido que pagar un altísimo precio, traducido en desconocimiento, por desarrollarse en un país que había perdido su posición central en el mundo occidental cuando otros evolucionaban hacia la modernidad a un ritmo más firme y acelerado. En las revisiones generales sobre el estado de diversos campos de la ciencia que se han hecho en Europa, se ha prestado muy escasa atención, por no decir ninguna, a la notable contribución de España desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX en materias como la Sociología, la Economía, la Filosofía Política, la Ética o la Antropología Social moderna. La reciente reincorporación de España al núcleo central de los países occidentales no ha corregido por completo esta falta de reconocimiento y tenemos que seguir insistiendo para se corrija del todo.

Pero volvamos a la situación actual. Las publicaciones de autores españoles en revistas internacionales de ciencias sociales (esta categoría incluye sociología, ciencia política, antropología, derecho, comunicación, trabajo social y educación) se han duplicado entre 1996 y 2007². Hemos crecido ligeramente más que en economía (95%) y el doble que en psicología (48%). Sin embargo, el peso de las publicaciones internacionales de ciencias sociales procedentes de España sigue estando muy por debajo de la media española. Nuestras publicaciones representaban al final de ese periodo poco más de un uno por ciento (1,19%) del total mundial. El peso de las publicaciones españolas de todas las disciplinas era tres veces mayor (3,32%). Sólo la economía estaba por encima de esta media (3,51%)

² Voy a utilizar datos publicados hace un año por varios miembros del grupo de investigación de Evaluación de la Ciencia y de la Comunicación Científica. Agradezco a su responsable, Evaristo Jiménez, los datos que me ha facilitado para esta conferencia. Todos los datos proceden del análisis de la *Web of Science*. Los datos se refieren al conjunto de las ciencias sociales, según las agrupa esta institución. Esta categoría incluye, entre otras, Sociología, Ciencia Política, Antropología, Derecho, Comunicación, Trabajo Social o Educación. No incluye Economía ni Psicología, que figuran aparte. Ya sé que es una información limitada, pero estoy convencido de que, pese a ello, nadie duda del valor que tienen para ver las tendencias que se están produciendo en nuestra posición en el contexto internacional. La información se refiere al periodo 1996-2007 y analiza el número de publicaciones y el impacto.

Respecto a la sociología en concreto, los sociólogos españoles sólo hemos publicado 644 artículos en las llamadas revistas ISI, unos 15 de media por año, desde que existen registros (1967) hasta hoy. De estos, sólo 94 se han publicado en las 24 revistas de sociología de más impacto (primer cuartil). La mayor parte en *Sociología Ruralis* (18) y *Human Ecology* (15). Esto nos lleva al tema del llamado impacto.

La visibilidad internacional, el llamado impacto, de las ciencias sociales es todavía bajo y no ha mejorado entre 1996 y 2007. La ciencia española en su conjunto ha mejorado mucho en ese periodo, pasando de estar 17,7 puntos por debajo del impacto medio mundial a estar sólo 6,3 puntos por debajo (en España hay ya ocho disciplinas que están bastante por encima de ese impacto medio). Sin embargo, las ciencias sociales se han mantenido todo este tiempo 13 puntos por debajo del impacto medio de la ciencia mundial.

No obstante, la posición de las ciencias sociales es comparativamente bastante mejor que la de la Psicología y la Economía, que están, respectivamente, 25 y 31 puntos por debajo del impacto medio mundial. Nuestra comunidad es más pequeña que la de esas dos disciplinas, tenemos menos publicaciones que ellas pero más impacto que ambas. Por cierto que el Instituto Lauder de Dirección y Estudios Internacionales publicó en marzo pasado la lista de los diez científicos sociales españoles más citados internacionalmente. Entre ellos hay cuatro sociólogos (Manuel Castells, Juan Linz, Vicente Navarro y Mauro Guillén) y seis economistas. No está mal.

En suma, no descubro nada si concluyo que la internacionalización es uno de los retos que tenemos para los próximos años. No se trata de publicar sólo en inglés o en revistas internacionales, que en realidad son en su mayoría anglosajonas. Se trata también de que nuestras revistas en castellano reúnan las condiciones de calidad para ser aceptadas en esas bases de datos, como ya lo han conseguido algunas como la *Revista Internacional de Sociología* y la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. Si queremos que el reconocimiento de la sociología aumente en la comunidad científica nacional y que nuestro conocimiento llegue a la comunidad internacional tenemos que asumir la necesidad de estar cada vez más presentes en los debates y revistas internacionales.

Para resumir esta parte, sintetizaré la evolución de la sociología atendiendo a tres dimensiones que suelen utilizar los sociólogos de la ciencia para analizar las disciplinas científicas: la institucional, la organizativa y la cognitiva.

En la institucional, la que define nuestra inserción en la sociedad, es claro que la consolidación es un hecho, sin perjuicio de que existan, en mi opinión, problemas pendientes de solución. En el ámbito académico, pese a la cantidad de departamentos y profesores con que contamos, hay que señalar como una limitación la atomización de los grupos de investigación y la dispersión de los recursos que, excepto en algunos casos, no permiten formar la masa crítica necesaria para abordar proyectos de investigación complejos o de dimensión internacional.

La sociología también se ha asentado en el ámbito profesional, y cada día lo está haciendo más. No obstante, creo que los sociólogos no hemos sido capaces de definir los nichos de empleo con la misma concreción con la que lo han hecho los psicólogos o los economistas. Eso incide negativamente en el ámbito académico y profesional. Por ejemplo, en la Administración pública hay bastantes menos puestos de trabajo para sociólogos que para economistas o psicólogos.

Con relación a esta dimensión, voy a repetir lo que he venido diciendo en los últimos años: nuestro grado de corporatización académico-profesional sigue aún estando lejos de lo que sería deseable en una sociedad corporatista moderna. No voy a negar lo mucho que hemos avanzado, pero creo que deberíamos hacer aún más. Incluso me atrevería a decir que, para seguir avanzando, puede haber llegado el momento de revisar a fondo nuestro modelo organizativo como asociación.

Además de este déficit, creo que la sociología española arrastra desde sus comienzos una clara descompensación a favor de la sociología académica frente a la profesional. Probablemente esta descompensación fue durante años más aparente que real, pues buena parte de sociología profesional en el sentido de realización de estudios aplicados, informes y asesoramientos, se realizaba por quienes también trabajaban en instituciones académicas. Esto ocurría por la ausencia aún de una comunidad profesional madura y cualificada que pudiera abordar esas actividades con solvencia. Las cosas han cambiado bastante. Hoy hay una comunidad profesional extensa y distinta de la comunidad académica. No obstante, la inercia ha hecho que en la orientación de las enseñanzas de sociología siga pesando más la perspectiva teórica que la aplicada y no se hayan tenido suficientemente en cuenta las necesidades de unos profesionales que necesitan de instrumentos conceptuales y técnicos para resolver cuestiones que tienen sobre todo repercusiones prácticas. Me consta que en los últimos años se han hecho esfuerzos para resolver esta disfunción, particularmente con la implantación del modelo que conocemos como Bolonia. Pero creo que aún son insuficientes.

En la dimensión organizativa, la que se refiere a las formas concretas de producción, comunicación y aplicación de nuestro conocimiento, también se han producido cambios significativos. En cuanto a la producción de conocimiento y a la práctica profesional, lo más sobresaliente es la adaptación a las condiciones de corporatización de las sociedades modernas.

En el ámbito académico hemos pasado de la figura del sociólogo/ensayista/intelectual, que trabajaba como un artesano del conocimiento, a la del sociólogo trabajador del conocimiento integrado en las instituciones del sistema de I+D y sometido a los objetivos y reglas que orientan el trabajo en esas instituciones. En el ámbito profesional ha sucedido algo similar con la incorporación de los sociólogos a muchas instituciones públicas y privadas para producir y aplicar dentro de ellas conocimiento especializado en función de los objetivos e intereses de esas instituciones. O en la incorporación a organizaciones especializadas que prestan servicios técnicos a terceros en materia de conocimiento sociológico, y que tienen que adaptarse a las demandas de sus clientes. No voy a detenerme en las implicaciones de estos cambios que, por otra parte, a los sociólogos nos deben resultar relativamente obvias.

En cuanto a las formas de comunicación del conocimiento, estamos asistiendo a la sustitución del libro y del ensayo por los artículos científicos y las monografías técnicas, que se rigen por los criterios de acreditación y validación propios de los modernos sistemas de I+D: el inglés como lengua científica franca; la evaluación por pares; y la jerarquización a través de los indicadores de difusión e impacto. A todo ello nos estamos adaptando, aunque lentamente.

Creo que en la dimensión organizativa falta en España una institución similar a la que existe en otros países: por ejemplo, la Infraestructura para las Ciencias Sociales de Alemania, el Servicio de Datos para la Ciencias Sociales de Noruega o, con otro enfoque, el Centro

Nacional sobre Métodos de Investigación en Inglaterra. Hace bastantes años que la FES intentó poner en marcha una institución de este tipo, que no llegó a fraguar. Más recientemente, en 2007, el Gobierno de España llegó a aprobar la creación de una infraestructura científico técnica para las ciencias sociales, con el nombre de Centro de Datos y Servicios para la Ciencias Sociales, que no ha llegado a hacerse realidad. No debemos desistir del objetivo de que esta infraestructura llegue a ser realidad cuanto antes.

Finalmente, en la dimensión cognitiva, que se refiere a los rasgos del conocimiento que producimos, han ocurrido dos grandes cambios. Uno, al que ya me he referido, ha sido el giro hacia una sociología más concreta, más empírica y más orientada hacia problemas reales, en la que pesan mucho menos que antes las referencias a las grandes orientaciones teóricas. Éste es un cambio producido por causas endógenas y exógenas. Las primeras tienen que ver con la necesidad de atender a una creciente demanda de investigación aplicada. Las segundas tienen que ver con la evolución de los objetivos de los sistemas de I+D en muchos lugares. Cada vez es más frecuente que los sistemas de financiación de la investigación académica y las revistas nacionales e internacionales en las que publicamos los resultados pidan cumplimentar un apartado en que se reflejen las implicaciones prácticas de los resultados.

Este interés por estimular una orientación de la investigación más inspirada en la solución de problemas concretos es uno de los giros más significativos de la política científica de las últimas décadas, frente a la orientación en la que sobre todo se valoraban los resultados estrictamente académicos: la publicación de resultados según los criterios a que me he referido antes. Pero para que esta nueva orientación prospere es necesario que los investigadores tengan incentivos para ello, que los actuales sistemas de evaluación no contemplan. Esta contradicción debe resolverse si se quiere impulsar de verdad esta nueva orientación, que yo estoy convencido que es acertada y necesaria.

El otro cambio en la dimensión cognitiva es la diversificación y expansión de contenidos, que también he citado. De ello queda constancia en dos libros colectivos sobre el estado de nuestra disciplina: uno publicado en 1990, con motivo del congreso mundial (editado por Salvador Giner y Luis Moreno); otro, publicado en 2007 con motivo de nuestro IX Congreso (editado por mí). Una mera ojeada a ambos es suficiente para constatar el notable aumento que han tenido las líneas de trabajo y las publicaciones, aspecto del que antes he hecho comentarios sobre los que no voy a extenderme más. Sólo añadiré que, en mi opinión, algunos temas importantes no se tratan aún en España con la debida intensidad. En las circunstancias actuales, me viene a la cabeza el área de economía y sociedad como uno de los temas en los que nuestra aportación es bastante escasa, pese a la relevancia que tiene en estos momentos y ha tenido siempre. Me consta, no obstante, que en este congreso se ha formalizado la constitución del grupo de sociología económica.

En cuanto a los contenidos propiamente dichos, no es posible hacer aquí una valoración detallada de la extensa producción que hoy tiene la sociología española. No obstante, en el libro de 2007 que acabo de citar, Giner y yo publicamos un capítulo sobre la evolución de la teoría social en España. En él hacíamos una valoración, nuestra valoración, de las aportaciones que había hecho la sociología española. No la hacíamos desde la perspectiva de autores individuales que han sido referencia nacional o internacional, que los tenemos aunque sean más bien pocos. La hacíamos desde la perspectiva de los temas en los que en España ha

habido una cierta tradición de pensamiento propio, por el que podemos distinguarnos de otras comunidades sociológicas nacionales.

Volviendo a los contenidos, nuestra opinión es que el desarrollo más reciente de la sociología española no ha seguido la tradición que inicialmente hubo en el campo de la teoría social, dando como resultado pocas aportaciones originales y poca participación en los debates internacionales, excepto en algunos campos en los que, como decía antes, hemos podido distinguarnos. Esto se debe a las causas que expuse antes y, no menos, a la fuerte ruptura que supuso el franquismo en nuestra tradición sociológica, que no podemos minusvalorar.

Con esto no quiero decir que no haya habido aportaciones originales en aspectos concretos de alguna de las ramas en las que se ha diversificado la sociología. O que la teoría sociológica haya estado ausente de nuestras preocupaciones. Al contrario, el grupo de teoría sociológica merece nuestro reconocimiento por el esfuerzo que vienen realizando para incorporar a España los debates teóricos más relevantes, examinar críticamente las teorías y mantener vivo el interés por un aspecto fundamental para nuestro quehacer. Y muchos de nosotros nos adscribimos de forma más o menos explícita a alguna corriente teórica y ojalá lo hiciéramos más. Lo que quiero decir es que hay algunos campos en los que ha habido una cierta concentración y masa crítica de trabajos, que han conformado una tradición duradera en nuestra disciplina que arranca hace más de un siglo, y en los que se han producido algunas aportaciones originales o singulares desde la sociología española. Los enumeraré sin otro ánimo que el de dejar constancia de nuestra posición en este asunto y remito al trabajo citado a quien quiera ver el tema con más detalle.

Uno ha sido la sociología rural y los estudios sociales agrarios, con una tradición de más de dos siglos, que se remonta a ilustrados como Campomanes, Olavide y Jovellanos; siguió con Joaquín Costa, Bernaldo de Quirós y Díaz del Moral. Ha atraído la atención de muchos investigadores extranjeros y tuvo continuidad durante el franquismo, incluso desde el propio régimen a través del Instituto de Estudios Agrosociales.

Otro ha sido el de las investigaciones empíricas sobre la realidad social y los problemas sociales. La tradición se remonta al final del siglo XIX con la encuesta sobre condiciones de vida y trabajo de la Comisión de Reformas Sociales, orientación que continuó el Instituto de Reformas Sociales durante el primer tercio del siglo XX. El Ateneo de Madrid también promovió recogidas de información empírica. Esta tradición se retomó en los sesenta con la publicación en 1966 del I Informe FOESSA sobre la Situación Social de España y ha continuado con una cantidad significativa de informes sociales de ámbito nacional y regional, que constituyen una singularidad de la sociología española.

Finalmente, de la reciente historia de España ha habido tres acontecimientos cruciales que han alentado a sociólogos y politólogos españoles a desarrollar lo que puede considerarse una contribución original al análisis social contemporáneo: las causas sociales de la caída de la República y la Guerra Civil, la naturaleza de la atípica dictadura derechista de Franco y la pacífica transición del país a la democracia en 1975.

Hasta aquí un balance, sin duda incompleto, del devenir de la sociología desde hace treinta años. Pasemos ahora a hablar del futuro. Anticipar el futuro puede ser un mero ejercicio de proyección de las tendencias que subyacen al balance anterior. También puede ser

un ejercicio de anticipación de algunas tendencias menos asentadas, incluso de rupturas, que pudieran darnos alguna sorpresa. Diré algo desde ambos enfoques.

En cuanto a la proyección de las tendencias, creo que el futuro de la sociología debería, y confío en que así sea, desarrollarse dentro de las que he mencionado a lo largo de mi intervención. Aunque la nuestra no será una actividad académica y profesional de efectivos muy numerosos, creo que seguiremos creciendo de forma pausada y sostenida, porque se dan condiciones para ello. Que así sea va a depender en gran medida de nuestra capacidad para superar las limitaciones que he señalado.

En el número extraordinario de la *Revista Española de Sociología* que se publicó en 2007 con motivo del 25º Aniversario de la FES, escribí un artículo titulado «El retorno de la sociología». En él traté de mostrar que teníamos por delante un periodo en el que podía esperarse una revitalización del papel de la sociología.

En efecto, creo que hay señales que permiten pensar en un retorno de la Sociología, en un aumento de las oportunidades, debido a esa demanda creciente, que puede concretarse al menos en las siguientes tendencias: la creciente demanda de datos sociales para la toma de decisiones públicas y privadas; la necesidad de disponer de marcos de interpretación para comprender el sentido de esos datos; la proliferación de instituciones dedicadas a producir microdatos sociales; la necesidad de introducir el concepto de innovación social como parte de la cadena de producción y transferencia de conocimientos en las ciencias sociales, igual que se hace en otras disciplinas; las implicaciones que tienen para la sociología los cambios en la Administración pública conocidos como *nueva gestión pública*; los cambios sociales que se están produciendo y sobre los que con tanto acierto nos ilustró María Ángeles Durán. No voy a extenderme en la explicación de cada una de ellas, cuyo enunciado es autoexplicativo.

Pero a todas ellas subyace la indudable expansión que ha tenido la incorporación de la perspectiva sociológica en casi todos los ámbitos. En otras palabras, la popularización del discurso y las explicaciones sociológicas. Creo que esto es expresión de lo que Giner llamara hace ya algunos años la «incierto victoria» de la sociología. Incierta porque representa al mismo tiempo oportunidades y amenazas.

Oportunidades las ya dichas. En cuanto a riesgos o amenazas, la primera es que esta demanda creciente se puede volver contra la propia sociología, pues con frecuencia las explicaciones se presentan ante el público de manera poco rigurosa o, mejor, con argumentos triviales o poco esclarecedores de los problemas que se pretendía explicar. Sobre todo en los casos, que son muchos, en los que no son sociólogos los que ofrecen esas explicaciones.

Otra que ya empieza a ser realidad es la que podríamos denominar como «sociología sin sociólogos». Cada vez es más frecuente que otras disciplinas y profesiones vayan ocupando el espacio que ocupaba o podía ocupar la sociología. O utilicen nuestras herramientas conceptuales para abordar problemas que bien podríamos abordarlos nosotros. Es algo de lo que la mayoría nos venimos quejando de una u otra manera.

El análisis sociológico ha acabado siendo complementario e imprescindible de otros muchos análisis. Como se dice ahora, tiene una fuerte componente de transversalidad. Un ejemplo puede ser el tema de la innovación, tan nombrado en estos años. Es un tema

dominado por quienes hacen economía aplicada, que sin embargo emplean constantemente conceptos y marcos de análisis sociológicos, que ellos no reconocen como tales. Por ejemplo, capacidad de absorción de conocimiento por empresas y administraciones, distancia cognitiva entre empresa y ciencia, redes sociales de innovación, mecanismos sociales de transferencia, o el papel de las instituciones sociales en el desarrollo de la economía del conocimiento. Y no es el único caso. Recordemos el recurrente recurso a conceptos como confianza, capital social, redes sociales, marco institucional u otros de origen sociológico, para explicar asuntos sobre economía, desarrollo, producción de conocimiento o cambio tecnológico.

Otro riesgo procede de la tendencia hacia una sociología cada vez más concreta, empírica y con frecuencia descontextualizada de marcos más generales de interpretación o de problemas sociales relevantes. Si no elevamos la mirada más allá del dato, de lo local y de la coyuntura, si abusamos de una cierta manía positivista, o si sociología acaba siendo sólo sinónimo de encuestas, por muy importantes que sean, podemos estar haciendo una sociología técnicamente impecable pero socialmente poco relevante. Tanto éstas como otras tendencias que nos alejen de la sociedad o hagan nuestro discurso incomprensible para ella, pueden socavar la legitimidad social de nuestra actividad. No se trata de volver a caer en la inmodestia de pretender tener aquel conocimiento totalizador a que me refería al comienzo. Contra eso estamos vacunados. Se trata de que la dimensión ética y crítica de la sociología vuelva a estar en pie de igualdad con la dimensión empírica y científica que tanto hemos desarrollado en las últimas décadas y conecte así con lo que es el objeto de nuestro conocimiento: la sociedad, sus ciudadanos y sus problemas.

Esta última reflexión se puede aplicar a otro aspecto del presente y del futuro que no debemos pasar por alto y con lo que quiero ir terminando. La actual crisis financiera internacional está poniendo de manifiesto algunos cambios radicales en los presupuestos y referencias que estábamos acostumbrados a utilizar en los análisis sociológicos. Uno de ellos se refiere a la separación cada vez mayor entre el capital financiero y la economía productiva, con consecuencias sociales y políticas como las que venimos observando y otras que posiblemente no alcanzamos aún a atisbar. Otro se refiere al papel de la política y la sociedad en la dirección de la economía y en la formación y mantenimiento del entramado socioeconómico que garantizaba, bajo ciertas condiciones, el orden social de nuestras sociedades.

La economía ha adquirido un grado tal de autonomía y despersonalización —mandan los mercados— que los demás actores sociales y políticos tropiezan con dificultades para definir sus papeles. Por ejemplo, los sindicatos se quejan ante Gobiernos que actúan de acuerdo a lógicas y a imperativos que no son los que esos mismos Gobiernos querrían tener; los Gobiernos pasan apuros para explicar con claridad a los ciudadanos las medidas que toman, porque hacía poco que defendían lo contrario y les resulta difícil adaptar sus discursos a la nueva situación; los ciudadanos tampoco acaban de comprender qué poderes son los que finalmente deciden las medidas que se toman y empieza a preocuparles saber quién va a velar por su bienestar en un contexto de tanta incertidumbre e indefinición.

Hasta ahora nos hemos venido conformando con la idea básica de que los Gobiernos nacionales cedían competencias —poder— a instituciones políticas supranacionales, por un lado y, en su caso, por otro lado, a las instituciones regionales o locales. Pero ahora se trata

de un paso más en ese proceso de redefinición del papel del Estado del que tampoco sabemos bien en qué dirección puede discurrir. Comprender todo esto requiere un esfuerzo conceptual y analítico nuevo, que sin duda será un reto para los próximos años. No sé si esta carencia de herramientas intelectuales ha sido la causa de que no se hayan oído voces de sociólogos analizando estos problemas. Pero no podremos permanecer siempre callados.

En fin, los últimos treinta años han sido intensos. Hemos hecho en poco tiempo lo que otros han podido hacer con más calma y, tal vez por ello, mejor, aunque dudo que con más ambición y esperanza que la que nosotros tuvimos. Los años que vienen no parece que vayan a ser menos intensos, si nos ponemos a resolver los problemas pendientes y salir al paso de los nuevos retos.